

MANOLO VELA



Billetes y favores (I parte)

La mordida, el cohecho, el robo, el peculado, el tráfico de influencias, el soborno, la extorsión... nos rodean y acaparan a diario las primeras planas de los medios de comunicación. Detenerse en ejemplos... qué caso tiene, ya ni vale la pena.

De arriba abajo en el aparato de Estado todos tienen un precio: la enfermera, el burócrata de ventanilla, el médico, el maestro, el director de un hospital, el policía, el director de una escuela, el síndico, el alcalde, el diputado, el juez, el fiscal, el secretario, el ministro, el magistrado y el presidente. Todos pueden actuar como si fueran viles carteristas, o asaltantes de a pie o en moto. Y hasta mejor: porque sus posiciones les dan una garantía de impunidad. Y es más: es cometiendo actos de corrupción, o prometiendo que estos van a poder seguirse cometiendo, como se aseguran escalar en los cargos. Y así, pasan de alcaldes a diputados; o de juezas a magistradas; o de médico a director de hospital: recibir billete o callarse, ver a otra parte, "hacerse el loco".

Los índices que se hacen sobre la corrupción nos sitúan como uno de los peores países en el mundo. En el Índice de Percepción de la Corrupción de la organización Transparencia Internacional sacamos 32 de 100 puntos. El país más corrupto es Somalia, con ocho puntos. Guatemala ocupa el lugar 115 de 174 países, le siguen países como Mali, Bielorrusia, Mozambique, Sierra Leona, y Tanzania... En

2011 se produjo un descalabro en nuestra clasificación y pasamos de estar en el puesto 91 al 120. Pero esas son solo cifras, que sirven para medir, y nos dicen algo, pero lo importante es entender ¿qué es lo que pasa? Porque gobiernos van y vienen y la corrupción continúa, o se agrava. Según el Latinobarómetro, un estudio de opinión pública que año con año se hace en América Latina, en 2011, de diez guatemaltecos, cuatro creían firmemente que el Estado era incapaz de hacer frente al problema de la corrupción.

Pero ¿Por qué recientemente se habla tanto de tanta corrupción?, ¿qué hay de nuevo?, ¿siempre hemos tenido gobiernos tan corruptos como el actual?, ¿somos más corruptos hoy?, ¿en qué momento se agravó el problema?

En las corrupciones de hoy se mezclan nuevas y viejas prácticas, diseños y pactos institucionales, sentidos comunes y actores.

¿Qué era lo que pasaba antes? En el tiempo de los militares (hasta antes de 1986), la corrupción estaba

concentrada en la Presidencia y en sus ministerios. Dado que se trataba de un sistema administrativo centralizado, basado en jerarquías que controlaban los flujos de liquidez, especialmente en las interacciones con contratistas y proveedores privados, en aquel entonces, para ser parte de los grandes negocios, donde estaban los sobornos, había que estar muy, muy arriba.

Pero además, aquel era el tiempo en que la prensa estaba bajo control. Y lo que no se lograba con el control, lo hacía la autocensura; ese miedo al terror, que llegó a penetrar en el sentido común de los periodistas de aquel entonces. Los escándalos de corrupción eran ventilados en el juego político entre los partidos permitidos por los militares. Desde allí salían y allí quedaban, porque el sistema de justicia no lograba procesar casos de corrupción. No obstante estos factores (los medios y el sistema de justicia), las elecciones y en general la actividad política en aquel tiempo nunca llegaron a costar lo que cuestan ahora. La actividad política no requería de esas grandes

inversiones de capital. El mercado político aún no había llegado a Guatemala. Y esto, la financiación de la política, como veremos a continuación, constituye un elemento para entender las nuevas dinámicas de la corrupción.

Antes de la democracia, entonces, la corrupción se hallaba centralizada, sin ninguna contención, ni por parte de los medios de comunicación, ni por parte del sistema de justicia. Fue, además, este, un momento en el que las tasas de crecimiento económico se mantuvieron por encima del cinco por ciento, lo que —no obstante las bajas tasas de recaudación fiscal— se configuró una situación de liquidez, que se vio reflejada en las tasas de crecimiento del gasto del Gobierno central. El Estado contaba con dinero, es a esto a lo que, por último, me refiero aquí.

¿Qué es lo que sucede ahora? Con la transición a la democracia, la corrupción se descentralizó, hasta llegar a tener un sistema muy fragmentado. Ya no es uno solo el centro político que controla los flujos de capital, y que está en condiciones de hacer contratos; ahora los actores se han multiplicado, hay muchos diputados distritales y alcaldes (y sus corporaciones) por donde pasan decisiones que tienen que ver con contrataciones y proveedores. Y entonces, lo que ahora tenemos son extensas redes clientelares, con implantación territorial, presididas por diputados, o alcaldes, y hacia abajo, están sus constructoras, sus negocios, sus empresas de papel, a nombre de testaferros y toda la gente que recibe favores, plazas, contratos, y los de más abajo, cuando bien les va: bolsas con víveres, o fertilizante.

